



LXII

Terminaba la comida.

Los criados recogieron en graciosos canastillos, engalanados con cintas de seda, casi todas las copas del servicio anterior, y pusieron frente a cada comensal, lindos platos de Sévres, en los cuales habilísimo artista regó diversas flores campesinas, y junto a cada plato colocaron cubiertos para frutas y postres, y un bol con agua de violeta.

Luego, mientras uno de los servidores pasaba las fruteras y otro retiraba los candelabros de plata, donde ardían sendos pares de bujías encaperuzadas con pantallitas rojas, el tercero de los criados encendió a un tiempo los focos eléctricos del suntuoso comedor, los de la araña y los que ocultos en corolas de cristal opaco lle-

naban los arbotantes repartidos en los muros.

Inmensa oleada de luz inundó el recinto: centelleó la argentería; subió el mantel en nitidez; brillaron con transparencia incomparable vasos y garrafas; duplicaron los boles su glauco tinte, y aviváronse granates y rubíes en los póculos de burdeos y de chabli, reservados por don Cosme y el clérigo.

Lucieron las frutas su belleza rústica: las pomas californicas su carmín amoratado; las mandarinas su ardiente juboncillo; las naranjas cordobesas su repilla jalde; los racimos el ámbar róseo de su orujo dorado, y las ananas, aunque tardías espléndidas, sus penachos esmaragdinos y sus regios ipíes recamados de oro.

“¡Probadme!”—decían en dulceras y tazones, pastelillos y tortas, compotas y jaleas, y al lado de una caprichosa fuente-cilla curva, donde entre rajadas de limón y en lecho de caviar, brillaba la coraza de acero de dos pescaditos rusos, en cráter desbordante, una pirámide de fresas, coronada de azúcar, alardeaba de su ápice nevoso.

El espejo circular del centro, reflejando la luz de muchas lágrimas de Edison, irradiaba prestigioso en torno de una ramillettera veneciana, donde se aglomeraban, entre mustios helechos de plácida fragancia nemorosa, pálidos crisantemos,—últi-

ma flor del año.—Las palideces ebúrneas de las “musmés,” hacían resaltar la púrpura imperial de cuatro rosas napoleónicas, cuyo tono aterciopelado competía con la hopa de Monseñor Fuentes, quien, por caso rarísimo, estaba gárrulo y afable. Bromeaba á Juan y á Alfonso, y—nota característica del talentoso Prelado, en ratos de confianza y jovialidad expansivas,—lanzaba los enmelados y agudos dardos de su ingenio contra el manso don Cosme y contra el discretísimo P. Grossi, al cual llamó carlista. A ello dió motivo el italiano, encareciendo la buena mesa del Pretendiente, y elogiando con elocuencia digna del Barón Brisse, el jerez y las trufas del Borbón.

—No soy académico, ni filólogo, P. Grossi . . .—decía el Obispo, mondando lentamente una mandarina—pero. . . he leído, no sé en qué parte,—sin duda que no fué en San Isidoro el Hispalense—cierta historieta etimológica, que habrá de interesar vivamente á nuestro don Cosme, quien allá en remotas mocedades fué muy dado á las letras. . .

—¡Y ahora también, Monseñor!—exclamó don Cosme, removiéndose en su sitial, en una contorsión de sierpe, y agitando la mojama de su cuerpecillo dentro de los pliegues de la estrecha y larga levita.—¡Ahora todavía! Colaboro de tiempo en tiempo en “La Voz de México.” ¡Y

hasta versos hago! He puesto en sonetos la letanía lauretana.... Al presente, corrijó..... Voy ya de mi escrupulosa corrección, en el "salus infirmorum." ¡Ya recibirá V. I. mi obrilla! Pero, oigamos la historietta!

—¡Bien!—prosiguió el Obispo, sonriente y dirigiéndose al italiano:—Cuéntase que un buen señor, devoto y piadosísimo, afecto al buen yantar, comía, cierta ocasión, en el palacete de cierto nuncio apostólico... ¡Cuidado, mis buenos amigos! ¡Cuidadito con pensar que mi cuentecillo etimológico lleva saeta! No salga después el P. Grossi, y me diga dulcemente: "Monseñor: sois cáustico y satírico!"

—Hable V. I.—murmuró picado el clérigo.—¡Pláceme ver á V. I. de tan buen humor!

Y damas y caballeros pusieron atención.

—Es el caso...—prosiguió el Prelado, separando hacia el borde de su plato la cetera de la mandarina—que el nuncio aquel se trataba á cuerpo de príncipe, y excelente anfitrión, cuidaba (como nuestros anfitriones) de la dicha de los convidados. Sirvieron ese día un platillo de aves, trutado ricamente, y el devotísimo caballero...

—Y parece que las trufas son dispélicas....—interrumpió el italiano.

El Obispo siguió diciendo:

—...el devotísimo caballero, al ver el

plato, y animado por el aroma del tubérculo, exclamó: "Tartúfole, Signor Nunzio!"

—¡Y....—iba á preguntar don Cosme.

—De aquí—apresuróse á decir el Prelado—la palabra francesa "tartufe," (tartufo en castellano) inmortalizada por Moliere en una comedia insuperable. ¡P. Grossi! ¡P. Grossi! "Se non é vero é ben trovato."

Don Cosme entornó sus ojos humildemente; el clérigo se puso rojo como una cereza, y mozos y mozas se miraron y sonrieron.

El P. Grossi dijo al punto:

—V. I. debe saber que "il racconto é vecchio." Le oí en Roma, durante el Concilio Vaticano, de labios de sangriento periodista, de aquel que fué entonces el más terrible adversario de los Obispos galicanos. A él atribuyeron cierto epigrama tremendo contra Monseñor de Orleans... ¡Se acuerda V. I.? Llamóle: Monseñor Du Paon-Loup. ¡Ah! ¡Para sátiras y epigramas los romanos. ¡Pasquino no ha muerto!

Alegre risa circuló en la mesa. Palideció Monseñor Fuentes, y sin hacer caso de lo que el clérigo había dicho, se puso á deshacer un racimo.

Don Juan en alta voz y tono afable, dijo:

—¡Ea! Beberemos vino de Champagne. Como Federico el Noble, sólo en el campo

gusto de tal vino... Pero como el nuncio del cuento, tengo á mi cuidado la dicha de mis comensales. Y volviéndose al criado que dirigía el servicio, le hizo una señal.

Charlaba Juan en voz baja con Elena, Alfonso y Margarita departían regocijados; María y Pablo hablaban de frivolos asuntos, y mientras doña Carmen trataba con el P. Grossi de la obra que éste había emprendido en su capilla de San Francisco, el Prelado encomiaba las naranjas sevillanas, y hacía memorias de los jardines de San Telmo. Don Cosme, muy pensativo, saboreaba lentamente ciertos turruncillos de famosa procedencia monjil.

En soberbia bandeja de plata, que trajo á la mente de Margot el triste recuerdo de sus lloradas mancerinas, puso un criado al lado de María las copas destinadas al espumoso y regocijante vino. Presentó luego á la joven en un platito de cristal, una rosa deshojada.

Tomó la niña unas tenacillas de oro, y, con gracia y elegancia supremas, puso en las cráteras sendos pétalos de la odorante flor.

El Obispo, mirando atentamente á la joven, exclamó en tono afable y cariñoso:

—¡Cuánta elegancia, María!—y dirigiéndose á don Cosme, agregó: ¡Eso es helénico! ¡Digno tema de anacreóntica! Amigo don Cosme: ahí tiene usted asunto

para ella, ó para un sonetillo renaciente, á la manera de Bembo...

—¡Pues á la obra, Monseñor!

—¡No en mis días! No taño ni lira, ni caramillo ni rabel. ¡Quédese el tema para otros. Yo vivo para la pedestre prosa.

El criado distribuyó las copas, y después trajo el vino en una ánfora de cristal, en una ánfora de suprema esbeltez, en torno de cuyo cuello se enredaba una guirnalda de rosas, y finamente, muy finamente, inclinando el magnífico vaso entre las dos manos, sirvió á todos.

—¿Hay personas en el salón?—preguntó don Juan.

—Sí, señor.

Esperó á que fuese retirado el servicio de postres, y después de consultar su reloj, prorrumpió, dirigiéndose al Obispo:

—¡Salud, amigos míos! Y agregó: Nos aguardan en el salón. Allá tomaremos el café.

Mientras los criados abrían de par en par la puerta principal, disponiéndose á romper sus guantes, don Juan se acercó á Juanito, que llevaba del brazo á la ceguezuela, y díjole en voz baja:

—No te vayas. Necesito hablar contigo. Mañana mismo saldrás para Pluviosilla en un tren especial que ya está pedido. Partirás á las diez de la mañana. Allí esperarás mis órdenes, y te embarcarás en Veracruz del diez y ocho al veinte...

Lena oyó todo, se estremeció como si la conmoviera una corriente eléctrica, y estrechó el brazo de su primo hasta hacerle mal.

—¿Te vas?—murmuró tristemente al salir, avanzando en el pasillo.

—Ya lo has oído. Se trata de alguna jugada de la bolsa, y, sin duda, iré á Londres. Mi papá no fía en cualquiera.

—¿Y me dejas?

—Volveré pronto.... ¡Cuestión de dos meses! Hecha la operación, nada me retendrá en Europa. ¿Qué quieres de París?

—Nada.

—¿Nada, Lena?

—¡No te separes de mí!—suplicó dolorosamente la señorita.—Necesito hablarte á solas.... Ahora mismo....

Y entraron en el salón.

Doña Carmen y María servían el café. Margarita y Alfonso tocaban á cuatro manos "La Invitación al Vals."

—¿A cuántos estamos hoy?—preguntó Elena á don Cosme, el cual le ofrecía una taza de café.

—¡A veinte, hija mía!—contestó el viejo amablemente.

Y la joven pensó:

—Hay tiempo.

—Por fin, criatura: ¿quiere usted café?

—¡Gracias, don Cosme, mil gracias!



LXIII

Margarita y María tocaban á cuatro manos algo de Saint-Saens. Alfonso, atento á la belleza y á las miradas de la blonda señorita, volvía las hojas. Todos escuchaban silenciosamente, mientras Juan y Elena conversaban en la antesala. El mozo, sentado en una duquecita, saboreaba el café y fumaba un cigarrillo habanero. La joven se inclinaba hacia su amante, apoyada en un cojín.

—¿Te vas?—dijo, después de un rato de penoso silencio.

—¡No por gusto mío!...—respondió Juan.

—¿Cuándo regresarás?

—¡No lo sé!... ¡Cuestión de tres ó cuatro meses!

—Que serán para mí como cuatro siglos....

—¿Por qué?—murmuró el joven, siguiendo por el aire con mirada ensoñadora ó distraída las espirales de humo de su fragante cigarrillo, las cuales, reproducidas en un espejo, ascendían lentas en la pesada atmósfera del saloncito.

—Porque sin ti no podré vivir.... No te veo, no te he visto nunca, y sin embargo, conozco tu rostro. Por el timbre y por las inflexiones de tu voz adivino la expresión de tu semblante, y cuando estrechas mi mano sé lo que vas á decirme....

Lena tendió el brazo sobre el cojín en que se apoyaba, abriendo la mano como esperando encontrar la de su primo.

—¿Juan!—exclamó en tono cariñoso—; Me hace mal el aroma de tu cigarrillo!

—Elenita;—replicó el joven con acento suplicante,—pero si está riquísimo!

—Me molesta.... No sé lo que tengo, pero desde hace varios días, me hacen mal los aromas. Si tú supieras cuánto me padezco durante la comida, con la fragancia de las fresas!

—Dejaré mi cigarrillo....

—No, no!....

—Si lo deseas....

—Te decía yo—prosiguió—que al estrechar tu mano ya sé lo que vas á decirme; tus pasos, antes que llegues, me traen tu imagen, y al pensar en tí, cuando hago

castillitos en el aire, siento que estás á mi lado, junto á mí, cerquita de tu Lena, y me parece que te veo, que te veo y percibo el perfume de tus vestidos y de tus manos. Me dicen cómo eres, y ya lo sé; pregunto acerca de tu persona, y cuanto me dicen lo sé ya. ¡Te conozco, te conozco como si te hubiera visto! ¡Si yo te viera, me moriría de felicidad, de alegría!

Juan se había levantado para seguir fumando. En vano la ciega buscaba tenazmente la mano de su primo, y con ansia febril se inclinaba hacia el sitio que ocupara su amante.

Siguió diciendo con voz apasionada:

—Te vas... y me quedo triste; no vienes y vino entre angustias y zozobras; te siento al lado mío, y dicha y felicidad inundan mi sér; pero ¡ay! esa alegría dura un instante en mí, y tu palabra ligera y festiva lastima cruelmente mi corazón. Yo quisiera que fueras conmigo más serio y reflexivo. Licen que eres frívolo y tronera, y yo digo que nó; pero tus conversaciones y tus dichos te hacen parecer ante mí como falte de amor, como indiferente y tornadizo....

Y agregó suplicante:

—Juan... ¿qué no me quieres?

El mozo tiró por alto su cigarrillo en la escupidera más cercana, y sentóse al lado de la ciega.

—No me quieres....

—¿Por qué dices eso, alma mía?

—No eres conmigo tan cariñoso como antes...

—¡Sí, prima! ¡Te amo más que nunca!

—¡No me llames prima! Llámame de otro modo, como sabes llamarme cuando estás cariñoso y apasionado....

—¿Cómo quieres que te diga? ¿Alma mía, bien mío, dulce amor mío?

—No.

—¿Pues cómo?

—De otra manera solías llamarme.....

—murmuró tristemente la ciega, paseando su mirada limpia y vaga, sin expresión ni vida.

—¡Ah! Te llamaba yo....

Y Juan se inclinó y dijo quedito, quedito, en el oído de la joven:

—Esposita mía...

Un relámpago de felicidad iluminó el rostro de la ciega, y por sus labios pasó con rapidez de colibrí una sonrisa de ventura.

Juan tomó entre sus manos delgadas, distinguidas, pálidas y exangües, la mórvida mano de su prima. Esta se estremeció como una amapola azotada por el cierzo, y dijo apasionadamente:

—¡Así! ¡Así! Cuando estás á mi lado: cuando tienes mi mano entre tus manos, me parece que te veo; como que se ilumina con luz de aurora la noche que me envuelve; y te veo, sí que te veo; y te miro de hito en hito, y miro centellear tu mirada

apasionada y triste como adormecida en las violadas ojeras. ¿Es verdad que hay mucha tristeza en tus ojos y en tus miradas? Eso dicen las gentes....

—¿Quién te ha dicho eso, prima mía? —replicó Juan malhumorado.

—¿Te disgusta que te diga yo eso?

—No; pero... ¿quién te lo dijo?

—Lo dicen todos: mamá, Margot, mis hermanos, las señoritas que te conocen, y que me hablan de ti. Me dicen que tus ojos son negros, muy negros; que tus pestañas grandes y rizadas proyectan en tus mejillas tintes de hiedra. Recuerdo cómo son los ojos de Pablo... ¡Dicen que los tuyos se les parecen! ¿Es eso verdad?

—No lo sé, Lena. Nunca me miro en un espejo...

—¿Te contraría que te hable yo así? Si te disgusta.... No me agrada saber que estás disgustado.

—No, Elenita.

—Sí; te contraría.... He sentido en tu mano un movimiento que me lo dijo, un crispamiento de contrariedad. Lo he sentido, sí, lo he sentido. ¿Te desagradó lo que dije? Dímelo, y no volveré á decirlo.

Juan no contestó. Elena inclinó abatida su cabecita ensoñadora.

En el salón gemía el piano una melodía melancólicamente dolorosa.

—¡Juan! —prorrumpió Lena en acento desolado.—Tú no me quieres....

—¿Por qué dices tal cosa, prima mía?

—Porque tus propias palabras me lo dicen. Pero.... dejemos eso... Si me quieres tanto como me dices... ¿por qué te vas?

—Papá lo quiere..

—¡No te vayas, Juan, no te vayas! Tengo miedo de que te vayas. Me parece que ya no volverás. París te ha robado el alma.... Méjico te fastidia... ¿Qué haré sin ti; qué hará tu Lena sin su Juan?

—Prima mía... pronto me tendrás de regreso.

La ceguezuela se estremeció de pies á cabeza, asiendo fuerte y apasionadamente la mano de su primo.

—Si tú supieras... En mis ratos de ensueño ¡que son tantos!... cuando, como yo digo, me pongo á hacer castillitos en el aire, sueño con... sueño... ¡No; mejor no lo digo!... ¡No quiero decírtelo!

—No me ocultes nada, prima mía...— suplicó Juan.

—¿Prima mía? ¡Qué bien digo! Tú no me quieres ya.... Y yo sé por qué. Te amo, te he amado demasiado para que el amor no muriera en ti.

Juan, pensativo, clavó sus ojos en la alfombra.

—Lena, Lena mía.... Dime eso que no quieres decirme...

Elena no contestó. Insistió el mozo, pero la joven guardó silencio, y retiró su mano de entre las manos de su amante.

Entonces éste acarició dulcemente la ca-

beza de su prima, y díjole al oído, con angustioso ruego:

—¡Esposita mía... díme'lo!

Irguióse la ciega, y volviéndose á Juan, le dirigió una mirada de sus ojos sin luz, y díjole seriamente:

—Lo diré: sueño que soy tu esposa; que vivo á tu lado; que por fin hay luz y alegría para mí: la luz de tu presencia, la claridad que á mi eterna noche habrá de darle la seguridad de que eres mío! ¡No te vayas!... Si te vas, no vendrás nunca.... y es preciso que vuelvas.... y pronto, pronto. Temo...

—¿Qué temes?

—Nada.

—Algo te preocupa, y no es este viaje inesperado....

Otra vez se estremeció la ciega.

—Dí.

—Debo decírtelo.

—¡Pues dílo!

Entonces Elena, atrayendo al joven, díjole en voz baja algo que le hizo palidecer y levantarse como impulsado por un resaca. Después de unos cuantos minutos de silencio, soltó una carcajada y exclamó:

—¡No pienses en tonterías! ¡Se te ocurren unas cosas!

Cesó la música en aquel momento. Pablo y María entraron en la antesa'a.

La señorita dijo:

—No tomaste café. ¿Quieres una copita de anisete? Voy á servírtela.



LXIV

Juan partió al día siguiente para Pluviosilia. Elena no pudo disimular su pena ni su angustia. Lloró y lloró todo el día.

Doña Dolores no pudo menos que decirle:

—Hija: ¿qué tienes? Si yo ó alguno de tus hermanos estuviésemos de muerte, ó ya entre cuatro cirios, no llorarías así! ¿Por qué lloras? ¿Qué te apura?

La ciega hizo un esfuerzo y se echó á reír. Reía, pero sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—¡Bendito sea Dios!—siguió diciendo la señora.—¡Bendito sea el momento en que Juan se fué! ¿Se fué? ¡Pues que no vuelva nunca! Te has enamorado de él, hija mía; sí, esa es la verdad... Tú lo nie

gas, pero nada hay más cierto. No me causó extrañeza que tu hermana se enamorara de Alfonso, porque Alfonso es un muchacho de mérito... Pero Juan, hija, Juan no vale nada, como no sea por su dinero, esto es, por el dinero de su padre. Tú, niña, no sabes ni lo que es el mundo, ni lo que son algunos hombres.... ¡Juan es un perdido, hija mía! Libreme Dios de que dieras oído á ese muchacho...

—Mamá: ¿eres injusta con él? Es ligero de carácter, frívolo, parlachín, audaz, pero nada más. Nadie le quiere... ¡sólo Pablo!

—Ni Pablo. Ya sabes, porque la oíste de sus propios labios, la opinión en que le tiene....

—¡Y antes tan amigos!

—Sí; y mucho que me alegro de que tanta amistad haya ido á menos. Hoy, Juan es otro con él, y me felicito de ello. Pablo con esa mala compañía, iba por pésimo camino.

Doña Dolores dió la vuelta y Elena se quedó hundida en su tristeza y en su dolor.

A poco volvió la señora en traje de calle.

—Me voy á Méjico...—dijo, calzándose los guantes.—Juan me citó para las cuatro de la tarde.

—¿Van á liquidar cuentas?—dijo Margot.

—No sé cuáles serán esas cuentas.... Yo no supe jamás que tu padre le debiera algo á tu tío... Pero, en fin, él dice que sí, y será.

—¡Mamá!—interrumpió Margarita con suma vehemencia.—¡Por Dios que no sea usted débil! Procure usted que Pablo asista á esa conferencia. A las mujeres nos engañan con facilidad. El legado de mi tío y el obsequio de mi tío, no son gran cosa pero esas cantidades nos darán independencia y tranquilidad, que mucho necesitamos.

—Tú, hija, si Dios quiere, te casarás con Alfonso... El muchacho es bueno y te hará feliz... Yo no me intereso en este asunto por mí, sino por ustedes, principalmente por esta criatura, y después por ustedes. Pablo se bastará á sí mismo; Ramón necesita hacer carrera...

—¿Y cuánto reclama mi tío?—preguntó Margarita.

—No lo sé; no me lo ha dicho. Nunca me había hablado de eso, hasta el otro día. A Pablo sí; le tenía dicho que al recibir el dinero de su legado liquidaría conmigo... pero tampoco dijo cuánto.... Veremos en qué pára esto. Me voy...

Doña Dolores se compuso el sombrero ante el espejo, santiguóse, y salió.

Momentos después llegaba Alfonso.

Margarita salió á recibirlo muy afable y muy cariñosa.

—¡A buena hora viene el caballero!—dijole al tomarle el sombrero.—Quedó en venir á comer con su novia, y le hemos esperado en vano....

—El viaje de Juan fué causa de todo. No salió hasta medio día, y ya á esa hora no era posible venir. Papá me detuvo en el despacho y me hizo escribir cien mil cartas. No hay en el despacho quien escriba en francés, y, además, él no fía de cualquiera. Es listo mi papá... ¡vaya si es listo! Por fin logró lo que deseaba, y esa operación le dejará muchos y muy buenos pesos. ¡Con tal que Juan ande listo! ¡Si que andará listo!

—Bien; pero ¿qué va á hacer Juan en Pluviosilla de aquí á mediados del mes? A fastidiarse....

—Déjale, que él se buscará entretenimiento. Allí se encontrará á Conchita Mijares... ¿qué más necesita para estar á sus anchas?

—¿Y no le parece á usted, mi señor don Alfonso, que no viene un caballero á visitar á su novia para hablarle de combinaciones mercantiles, y de Conchita Mijares, de esa pobre muchacha cuyo destino me tiene siempre inquieta y en zozobra?

Alfonso se sentó en el taburete del piano, y girando con él, volviése al teclado y se puso á tocar una melodía española, dulcemente apasionada... Margot á su espalda le oía, puesta una mano en el ho-

bro izquierdo de su primo. Alfonso no era un pianista; pero tocaba con delicadeza y expresión.

Margot le escuchaba estática, siguiendo con la mente la encantadora serenata. Al terminar ésta, la blonda señorita, inclinóse, diciendo:

—Alfonso... ¿me quieres mucho?

El joven echó atrás la cabeza, descansándola en el brazo de Margarita, buscando la mirada de su prima, y murmuró que no dijo, con melodiosa y correcta pronunciación francesa:

“Ouvre les yeux, dirai-je, ó ma seule lumiere
Laisse-moi, laisse-moi lire dans ta paupiere

Ma vie et ton amour:

Tou regard languis ant est plus cher a mon ame
Que le premier rayon de la celeste flamme

Aux yeux privers du jour.”





LXV

Y la ceguezuela se alejó a paso, apoyándose en los muebles, mientras Alfonso dejó el piano, y asiendo la mano de su prima, se dirigió al balcón.

Hermosa tarde de invierno, resplandeciente y límpida, pero en cierto modo entristecida por el vientecillo helado que arrancaba de los árboles del jardín vecino, todo aridez y desolación, las pocas hojas muertas que, persistentes en las ramas, parecían detenidas allí en espera del hinchamiento de las yemas, y de la pronta y exuberante aparición de los renuevos.

El viento levantaba nubes de polvo; el tranvía sonaba á lo lejos su bocina destemplada, y escuchábase lejana y alegre la música de una banda militar que divertía el ocio de los cadetes en los terrados de Chapultepec.

—Alfonso...—dijo Margot, echándose de codos en la balaustrada del balconcillo,

—Estoy muy triste....

—¿Triste? ¿Por qué, bien mío?

—¡No lo sé, señor mío, no lo sé!

—Oigamos, Margot, lo que piensa esa rubia cabecita ensoñadora y lánguida; eso que no sabes y que te pone triste.... ¿Cómo llamas tú, alma mía, á esa tristeza?

—Añoranza.

—¡Linda palabra!

—Nueva en la lengua, según dicen....

Cierta dulce tristeza de cosas perdidas, de seres amados que se fueron; algo que nadie sabe explicar, y que á veces parece presentimiento atractivo de una pena ó de una desgracia, y en otras próximo advenimiento temeroso de algo que anhelamos y que habrá de disiparse como el humo, como el penacho de esa locomotora que se aleja á través de esa llanura amarillenta y dilatada....

El dolor tiene sus atractivos; los tiene, y muy dulces, como que la vida no es más que dolor.... Mira, no me creas pesimista. Así me llamaste el otro día, y—si he de decirte la verdad—no me agrada lo que me dijiste.... La vida no es absolutamente buena, ni absolutamente mala... En un libro leí el otro día estas palabras, que copié en una tarjeta, para que tú las conocieras, y para que en ellas aprendie-

ras algo que no saben decir muchos de esos poetas, y de esos novelistas que tú lees....

Margarita hundió su mano entre los pliegues de su falda, y de allí sacó una billetera de piel de Rusia, y jugando con la aristocrática y linda carterita aromatizada, siguió diciendo, fijos los ojos en los de su primo:

—Sí, señor mío. Oí de tus labios, la otra noche, algo que no me gustó; algo que me hizo estremecer.... Te disculpé: la música de Chopin tiene soplos mortales ambientes de sepulcro.... Pensabas en la muerte....

—¿Dices eso, alma mía, por aquello que te dije al oído, mientras tú tocabas el sonador Nocturno?

—¡Sí; por eso!

—Me sentía dichosísimo á tu lado.... ¡Tan dichoso, que tuve deseos de morir!...

—Y murmuraste á mi oído versos de Leopardi.... No me gusta ese poeta. Era un hombre de alma enfermiza, sí, enferma de incurable dolencia.... Pero confieso confieso que la hermandad entre el amor, el dolor y la muerte es cierto... Oye...

—Te cigo, niña mía.

Margot sacó de la billetera una tarjetita. Iba á leer y se detuvo.

—¿Guardarás en tu cartera esta tarjetita? ¿La guardarás como recuerdo mío?

—Sí, Margot.

Y la joven leyó, traduciendo del francés:
—“La vida no puede ser nunca enteramente feliz, porque no es el cielo, ni enteramente desgraciada, porque no es más que el camino que al cielo nos conduce...”
¡Verdad! ¡Verdad! Y.... ¡verdad! Ahora... déjate de pesimismo y de leer á Leopardi, y quíereme mucho, tanto, tanto, tanto, como te quiero yo!

Sonrió el mancebo dulcemente, y tomó la tarjeta.

—¿De quién es esto? ¡Ah! De Mad Craven. La conocí. Murió hace dos años. Es de la familia del Conde de Mun, el gran orador, á quien he tratado muchas veces.

Alfonso guardó la tarjetita, y siguió diciendo:

—¡Tienes razón, alma mía! La vida tiene mucho de bueno. ¿Cómo no creerlo así, cómo no creerlo, cuando te amo, cuando tengo la dicha de amarte y la felicidad suprema de que me ames tú! Explicame ahora tu tristeza...

—No acierto á explicármela yo; no acierto á darme cuenta de este sobresalto ni de esta inquietud que, á veces, frecuentemente, me acongoja. Paréceme que me amenazan grandes amarguras; me estremezo sin motivo; me parece el cielo obscuro, y he llegado á pensar que....

—¿Que no te quiero, y que no estimo tu corazón y tu alma en cuanto valen?

—¡No, no, Alfonso! Me amas, lo sé, me amas. Estoy segura de tu cariño. Y estoy segura de otra cosa, de que mi amor te hace feliz.... Desde que me amas, eres otro. No hay en ti la tristeza que trajiste de Europa.... Suele velar tu rostro algo sombrío, pero unas cuantas palabras mías disipan esa nube, y vuelve á tu rostro la sonrisa, y te veo plácida y noblemente sonador. Y esa alegría tuya me alegra, y esa dicha tuya es mi dicha.... y te amo, y te adoro, y te amo, y te amaré toda mi vida!

—¡Como te amo y como he de amarte yo!

—¿Sabes?—agregó la blonda doncella en tono regocijado, dejando ver toda la hermosura de sus ojos azules.—Dios creó nuestras almas una para la otra... ¡Dios es muy bueno! ¡Como que es Dios!

Alfonso tomó entre sus manos las manos de su prima, y las estrechó dulce y respetuosamente.

Obscurecía. El venticillo invernal seguía soplando, y traía los últimos acordes de la habanera con que la banda militar se despedía. La música ardorosa y apasionada del baile tropical llegaba hasta los dos amantes como los acordes de una melodía misteriosa, ideal, celeste....